

EL SECRETO DE
LUCÍA MØRKE

INÉS MACPHERSON

LUNA  ROJA

Primera edición: octubre de 2011

Diseño de cubierta: Book & Look

Fotografía de cubierta: Lia G / Arcangel Images

Maquetación: Adriana Martínez Vila-Abadal

Edición: Marcelo E Mazzanti

Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir

Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

© 2011 Inés Macpherson, por el texto

© 2011, Lia G / Arcangel Images, por la fotografía de cubierta

© 2011, La Galera SAU Editorial

por la edición en lengua castellana

La Galera, SAU Editorial

Josep Pla, 95 - 08019 Barcelona

www.editorial-lagalera.com

lagalera@grec.com

Impreso en Liberdúplex

Ctra. BV-2249, Km. 7,4

Pol. Ind. Torrenfondó

St Llorenç d'Hortons

Depósito legal: B-27.136-2011

Impreso en la UE

ISBN: 978-84-246-3837-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rígidamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que pueda autorizar la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

Las lágrimas empañaban mis ojos, impidiendo que pudiera distinguir la carretera que se adentraba en la noche cerrada. El faro izquierdo se había fundido y el derecho parpadeaba dando un aire tenebroso a aquel paraje desierto.

Mis manos se aferraban, temblorosas, al volante, mientras hacía esfuerzos por no gritar. Intentaba recuperar el ritmo de la respiración, pero mi corazón iba tan aprisa que parecía a punto de reventar en cualquier momento. Era la primera vez que conducía y tenía que concentrarme, pero era incapaz de ver más allá del coche.

No sabía adónde me dirigía, pero debía seguir adelante. Solo podía hacer una cosa: huir.

Entreví una figura en la curva justo a tiempo. Pisé el freno a fondo y el coche derrapó con un chirrido y se detuvo a pocos centímetros de aquella sombra.

El temblor de las manos se contagió a todo mi cuer-

po. En medio de aquella carretera perdida, vi la figura de una chica escuálida que alargaba la mano hacia mí. Con el vestido cubierto de tierra y el pelo enmarañado, me miraba desesperada.

No podía comprender qué hacía allí. Sólo podía pensar en el loco que había dejado atrás. Quise salir enseguida, poner kilómetros de por medio, pero la luz parpadeante del faro me mostró algo que me hizo cambiar de idea. Aquella chica no estaba cubierta de tierra. Era sangre.

Abrí la puerta del copiloto para dejarla entrar, ignorando que con ello se desencadenaría el infierno.

LA CHICA DE LOS LIBROS (1)

No es necesario haber muerto para convertirse en fantasma. Es simplemente cuestión de tiempo.

Las personas que dejamos atrás se van alejando en el recuerdo hasta volverse borrosas y espectrales. Al final, llegamos a dudar de que hayan existido. El pasado se confunde con los sueños, los muertos con los vivos, lo visible con lo invisible, y se hace imposible saber si fue real o no.

Nunca antes había estado ante un fantasma. Sin embargo, aquella tarde me encontré con uno, con mi único fantasma. Se llamaba Hugo.

Al llegar a casa, lo que menos me apetecía era redactar el trabajo para la primera evaluación de filosofía. ¿El sentido de la vida? Lo único que yo sabía sobre el sentido de la vida era lo que había visto en la película de Monty Python, en la que el ejército británico se dedicaba a entonar canciones absurdas y la muerte era recibida como

una invitada en una reunión de amigos. Probablemente no sería aquello lo que me diera el aprobado.

Además, el profesor de filosofía era un abuelo que se encabritaba cada vez que le hacían una pregunta, algo que tampoco facilitaba las cosas. Por eso, la mayoría de los alumnos optaban por echar una siesta o jugar interminables partidas con los estúpidos *Angry Birds*, cuya venganza contra los cerdos que les han robado los huevos no tiene fin.

Durante aquella inacabable hora solo había anotado una cita sobre el tema que no me resultara incomprensible:

*«La vida está tan controlada por el azar
que al final se vuelve una perpetua improvisación».*

SOMERSET MAUGHAM

Tras deprimirme con los aforismos de Nietzsche, Schopenhauer y Sartre —me daba cuenta de que no iba a encontrar nada que me inspirara—, dejé el trabajo para más tarde y decidí emplear mi tiempo en algo más emocionante.

Tenía que escoger la nueva novela para Roderick, el vecino ciego para quien hacía de lectora desde hacía casi un año. Ya habíamos pasado por algunos clásicos, como Stoker y Mary Shelley, y me enfrentaba al desafío de encontrar otra obra a su altura. Sobre mi escritorio se acu-

mulaban unas cuantas novelas por empezar. Esas quedaban descartadas, porque no sabía si el final iba a ser un fiasco y no quería defraudar a mi oyente.

Mientras mis ojos se paseaban entre las estanterías repletas, recordé una antología titulada *Malas: relatos de mujeres diabólicas*, que incluía un cuento de Ernst Raupach que me había hecho disfrutar como una loca: *Dejad a los muertos en paz*. ¿Le importaría a Roderick volver a escuchar historias de vampiros?

En mi primera sesión con él, había cobrado diez euros por leer en voz alta el primer capítulo de *Orgullo y prejuicio*. Con ese tostón entendí por primera vez lo que significa la palabra ñoño.

Mi madre era profesora y me había aconsejado una lista de clásicos que nada tenían que ver con mis gustos. Tal vez porque mi apellido, Mørke, significa «oscuridad» en noruego, siempre me ha atraído lo tenebroso, lo cual no significa que yo sea valiente.

Poco a poco me había ido ganando la confianza de Roderick y, tras acabar con Jane Austen, estuvo de acuerdo en pasar a Poe.

No recordaba dónde estaba la antología de marras, así que me encaramé por las estanterías de arriba, donde los libros se apilaban como pirámides cubiertas de polvo. Sin embargo, lo más parecido que había en las alturas era *The Oxford Book of Gothic Tales*, aprisionado entre una edición del *Necronomicon* y *Los mitos de Cthulhu*.

Tomé la antología en inglés, que me obligaría a hacer traducción simultánea. Al abrir aquel tocho cayó un sobre de su interior.

Un fantasma del pasado acababa de huir de la página 213. Un fantasma en forma de carta. Estaba abierta, y en el sobre pude ver escrito mi nombre con una caligrafía rápida y menuda:

Para Lucía Mørke

Solo mi nombre, sin dirección ni remite.

El papel tembló entre mis manos. Aquella carta solo podía ser de Hugo, un compañero de clase que solía dejarme mensajes escritos en el pupitre. Eso había terminado dos años atrás, cuando teníamos catorce.

Era nuestro ritual: cada semana aparecía una carta—ambos tendríamos que haber nacido en otro siglo—entre los libros de texto, a la que yo contestaba dejando la respuesta en el mismo lugar.

No eran cartas de amor, sino todo lo contrario.

Por aquel entonces, Hugo ya tenía imán para lo tenebroso y lo *freak*, y en sus notas me retaba a seguir sus pasos. Era un investigador oscuro, y yo su única confidente. Se colaba en lugares en los que nadie más se atrevía a entrar: alcantarillas, garajes solitarios, bosques donde no se escondería ni el malo de la película, cementerios... Me contó que una vez se había colado en una morgue, apro-

vechando que el camillero había dejado la puerta abierta. Pero siempre dudé de que fuera cierto.

Al rencontrar aquel sobre, me di cuenta de que hacía más de dos años que no sabía nada de Hugo. ¿Por qué se iría sin decir nada? La última vez que lo vi fue al salir de clase, justamente el día en que me dejó esta carta. Después de aquel viernes, no regresó nunca más. El lunes siguiente su pupitre estaba vacío. Esperé a que volviera. Pensé que se habría puesto enfermo y por eso no había venido a clase. Pero pasaron las semanas y no aparecía. Quise llamarle, pero me di cuenta de que Hugo nunca me había dado su número de teléfono. Tampoco hubiese servido de mucho.

Pocos días después, nuestra tutora nos comunicó que había dejado el instituto. Nada más.

Parecía que se lo hubiera tragado la tierra. Cuando entendí que jamás volvería, lloré de rabia.

Dudé en abrir la carta. Era como abrir las puertas de un pasado en el que el desgarrado Hugo rompía el tedio y la monotonía.

Pero ahora estaba allí, y era tan tentador...

Lucía,

LO HE HECHO.

He entrado en la casa del callejón.

¿Te acuerdas? Aquel edificio abandonado que te dio escalofríos cuando pasamos por delante. Decías que habías

visto a alguien en la ventana, un hombre de expresión diabólica que te miró con odio antes de desvanecerse.

Lees tantas historias de fantasmas que los ves por todas partes.

Ahora puedo afirmar que detrás de la puerta no hay nadie. O al menos no había nada cuando entré ayer. Eso sí, te doy la razón: da escalofríos. Parece que en cualquier momento las paredes vayan a caerse. Es un cascarón vacío y oscuro donde no hay nada... que pueda verse, al menos.

Lo único que encontré es el colgante que tienes en el sobre. Creo que es celta o algo así. Parece de chica, así que mejor te lo quedas tú.

Ahora que he cumplido con el reto de entrar en esa casa, te toca a ti arriesgarte...

¿Te atreverías a pasar la noche ahí dentro conmigo?

Piénsatelo, chica de los libros.

Tu investigador paranormal,

Hugo

PD. No me separo de la brújula que me regalaste. Me recuerda lo que estuvo a punto de suceder... en un lugar que no existe en los mapas.

Esa había sido su última carta.

De repente, me vino a la memoria el día en que vimos aquel lugar por primera vez, con la fachada ruinosa y los ventanales rotos.

Y aquella mirada terrible... Era un hombre calvo con

los ojos hundidos en sus cuencas y mandíbula angulosa. El cuello ancho revelaba que era un hombre fuerte... si es que era realmente un hombre.

Al leer las palabras de Hugo, aquellos ojos oscuros y siniestros se proyectaron nuevamente en mi memoria.

Dejé la carta en el mismo sitio en el que la había encontrado. Abrí el armario ropero. Detrás de los jerséis descansaba mi baúl de recuerdos, una simple caja de zapatos donde guardo lo que no quiero que nadie encuentre.

La abrí y empecé a buscar entre las cartas hasta dar con el colgante de Hugo. Sentí que me faltaba el aliento al abrochármelo tras el cuello. Del cordoncito de cuero pendía un círculo plateado lleno de espirales. Por algún extraño motivo, nunca me había atrevido a ponérmelo. Ahora que colgaba sobre mi pecho, la verdad era que no me quedaba tan mal.

¡Roderick!

Miré la hora. ¡Mierda! ¡Iba a llegar tarde! A las ocho tenía que estar en su casa, y faltaban cinco minutos.

Cogí la antología y miré por la ventana. No había movimiento en la casa de delante, siempre con las luces apagadas, así que supuse que ya estaría sentado en su butaca esperando a que llegara.

Bajé las escaleras hacia el salón de dos en dos. Mi padre estaba en el sofá leyendo el periódico. Mi madre debía de estar en uno de sus talleres *newage*: biodanza, reiki, constelaciones familiares... Ya había perdido la cuenta

de a cuántas *extraescolares*, como las llamaba ella, estaba apuntada.

—Me voy a casa de Roderick, papá. ¡Vuelvo a las nueve! —grité desde la entrada mientras me ponía el abrigo.

—¿Hoy también vas? Pero ¿no era sólo un día a la semana? —preguntó, apareciendo en la entrada.

—Eso ha cambiado. Le gusta tanto como leo, que ha decidido darme una sesión más. Todo el mundo necesita un poco de compañía.

—Claro... —dijo en tono condescendiente, como si yo fuera idiota— Sobre todo si es una jovencita a la que ver de cerca.

—Papá, ¡es ciego! Te lo he dicho mil veces.

—Ciego. ¡Qué gran excusa! ¿Y cómo explicas que a veces esté en la ventana de su casa, mirando justamente hacia la ventana de tu habitación?

En eso tenía razón. Curiosamente, a veces Roderick se quedaba inmóvil ante la ventana del salón como si observara algo que sólo él podía ver. Al principio me dio mal rollo, pero luego descubrí que disfrutaba de la calidez del sol, ya que nunca lo hacía de noche ni cuando estaba nublado.

Mi padre volvió a la carga:

—¿No crees que hay hombres más listos que una niña como tú? ¿Por qué eres tan ingenua? En las bibliotecas hay grabaciones para ciegos. ¿Para qué necesita que vaya una jovencita de dieciséis años?

—No sigas, papá —mascullé—. No quiero discutir esto otra vez. Me largo, que voy a llegar tarde.

Bajé las escaleras pisando fuerte los peldaños para que se diera cuenta de que estaba furiosa.

Con el libro bajo el brazo, esperé a que el semáforo se pusiera en verde. La carta de Hugo estaba bien protegida entre aquellas historias de misterio. Haberle reencontrado de aquel modo era una sensación extraña. Solo eran palabras —sus palabras—, pero le echaba de menos. De repente pensé que Roderick era experto en historias de fantasmas, así que quizás podría darme alguna idea para recuperar a mi amigo.

Subí hasta el segundo piso. Las llaves me esperaban, como siempre, bajo el felpudo.

El apartamento estaba a oscuras. No lograba acostumbrarme a que no tuviera las luces encendidas. Entendía que no las necesitara, pero me producía una extraña sensación. Era como entrar en una cueva.

Pero aquella tarde, además de la oscuridad, me rodeaba un silencio inquietante.

—¿Hola? ¡Soy Lucía! —grité desde el recibidor—. ¿Roderick?

No hubo respuesta.

Dejé el abrigo en el colgador y encendí la luz del pasillo.

No se oía nada. Solo un sonido constante como de gotas cayendo sobre un vaso en el fregadero. «Se habrá

dejado el grifo abierto», pensé, así que fui a la cocina a cerrarlo.

—¿Roderick? —lo volví a llamar sin éxito desde la cocina.

Empecé a ponerme nerviosa. ¿Y si le había pasado algo? Tal vez se había dado un golpe... ¿Y si se había desmayado?

Fui hacia su dormitorio. Le di al interruptor, pero la luz no se encendió. Intenté forzar la vista, por si estaba en la cama o se había caído al suelo, pero no conseguí ver nada.

¡Mierda! ¿Adónde había ido?

De repente oí un ruido procedente de la cocina. «¡Pero si vengo de allí!», me dije mientras volvía sobre mis pasos, asustada.

El grifo volvía a estar abierto, aunque estaba segura de haberlo cerrado. Otro ruido. Esa vez venía del salón. ¿Qué coño estaba pasando?

Sentí el impulso de correr hacia allí, pero... ¿y si habían entrado a robar? Tal vez fuera mejor que no me moviera, pero decidí hacerme la valiente.

Cogí un largo cuchillo de la encimera. Mientras avanzaba sigilosamente por el pasillo, noté que me temblaban las piernas.

Estaba tanteando la pared del salón, buscando el interruptor, cuando alguien me agarró por detrás y me tapó la boca mientras susurraba:

—No grites.

MATAR UN FANTASMA (2)

Mi corazón se disparó al notar la presión de aquella mano contra mi boca. El cuchillo cayó al suelo tras resbalar entre mis dedos temblorosos. Me quedé inmóvil, mientras mi cuerpo se tensaba y un sudor frío se apoderaba de mi cuello y de mi espalda. Intenté gritar, pero aquella voz susurró de nuevo:

— Shhh... No te muevas.

Al reconocer quién era, me indigné. Noté que su mano no me sujetaba con fuerza, así que, con un gesto brusco, me deshice de mi supuesto agresor.

Encendí la luz. Allí estaba Roderick, recostado contra la pared, sonriendo con sus ojos sin vida.

—¿Te parece gracioso? —le grité, dándole un empujón que le hizo tambalearse—. ¿Se te ha ido la olla o qué?

Lo dejé apoyado en su pared, sorprendido por mi reacción, y me senté en el sofá. Lo seguí con la mirada mientras se sentaba en su butaca, justo delante de mí.

—Lo siento mucho. No pensaba que te asustarías tanto. Como siempre dices que te gustaría escribir una novela de terror, te estaba proponiendo un primer capítulo...

—Escribirla sí, pero no ser la protagonista, Roderick... Además, ¿pretendes que la narradora muera en la primera página de un ataque al corazón?

—No sería muy práctico, aunque siempre podría seguir narrando desde ultratumba...

Aunque sabía que no podía verme, sonreí.

—Era solo una broma.

—Pues la próxima vez, avísame de que estamos actuando para que no piense que estás descuartizado en un armario.

—Ah, ¿pero habrá próxima vez? —preguntó sonriendo.

—¡Ni se te ocurra!

—Lo que hubiese dado por ver tu cara... —dijo clavando sus ojos opacos en mí.

Reprimí la risa para que pensara que seguía enfadada. Aquel sobresalto me recordó una de las cosas que no me gustaban de él: su macabro sentido del humor. Solo conocía a otra persona que disfrutara con aquellos juegos, y estaba escondida entre las páginas de un libro. Siempre que visitaba a Roderick pensaba que a Hugo le hubiese gustado conocerlo. Pero hacía tiempo que eso era imposible.

—Y bien, ¿qué me traes hoy?

—Lectura ligera.

—¿Una revista?

—No. Cuentos.

Abrí el libro por el inicio de uno de los relatos y me sumergí en la lectura, intentando no pensar en el fantasma que se ocultaba entre sus páginas. Poco a poco, las descripciones de la soledad de la aldea y del lóbrego castillo que se alzaba entre la bruma se apoderaron de mí.

Desde su butaca, Roderick me escuchaba con los ojos cerrados, como siempre que yo leía.

«Al verlo, la condesa dejó escapar un débil maullido y agitó las manos en un ademán ciego, aterrorizado, como si quisiera empujarlo fuera de la estancia, y al hacerlo chocó contra la mesa y una relampagueante mariposa de naipes cayó al suelo».

Estábamos en el momento álgido —la condesa llevaba al infeliz soldado a su alcoba sin saber si aquella vez sería capaz de devorarlo—, cuando pasé la página.

Noté un nudo en el estómago. La letra de Hugo me miraba desde el sobre. Por un instante, Roderick y su lúgubre apartamento se desvanecieron y me quedé a solas con mi fantasma. Durante un tiempo, había conseguido cerrar bajo llave su recuerdo. En especial, el día en que estuvimos a punto de besarnos después de que le regalara una brújula.

«Es para que encuentres tu camino entre la niebla», le había dicho mientras sus labios se acercaban a los míos. El bocinazo de un camión que estuvo a punto de atropellarnos frustró el beso que ya nunca existiría. Un día más tarde me entregó su última carta.

Luego desapareció.

Roderick se revolvió en su butaca y me devolvió al salón.

—¿Pasa algo, Lucía?

Dudé un instante. Necesitaba hablar de Hugo, pero no sabía si sería buena idea. Suponía enfrentarme al hecho de que ya no estaba allí, y no sabía si sería capaz.

—Nada —contesté a media voz—. Todo va bien.

No debí resultar muy convincente, ya que Roderick se incorporó en el sofá y adelantó su cara hacia la mía.

—¿Seguro?

Negué con la cabeza, aunque era consciente de que él no lo vería. ¿Por qué le mentía? ¿Y por qué me mentía a mí misma?

—Si no pasa nada, ¿por qué sigues callada? ¿Se han zampado la última página los ratones? ¿O ha sido el perro?

—No, el cuento está entero.

—¿Y por qué no sigues?

Inspiré profundamente antes de reconocer:

—Porque he encontrado algo en el libro. Un amigo al que quise mucho y que de algún modo está ahí dentro. Se llamaba Hugo.

—Entiendo... —murmuró mientras sus ojos sin vida enfocaban al techo—. ¿Y cómo has metido a Hugo dentro de ese libro?

—En realidad lo hice hace tiempo. Cuando desapareció.

Sentí esa última palabra como un desgarró. Era la primera vez que se lo contaba a alguien. Y dolía. No saber nada de él, que no me hubiese escrito ni siquiera una carta, después de que casi...

—¿Lucía? —me despertó Roderick.

—Perdona, estaba pensando. Esta tarde, mientras buscaba este libro, apareció dentro su última carta. Digamos que es... mi fantasma particular.

—¿Con solo dieciséis años y ya tienes un fantasma del pasado?

—Sí, eso parece. Hace tiempo que no sé de él.

—Pero... ¿desapareció, sin más? ¿No se despidió de ti?

—No —contesté, reviviendo de nuevo la punzada de dolor que sentí entonces.

—¿Y nunca has intentado encontrarlo?

—Fue él quien se largó sin decir nada —expliqué con resentimiento—. Desapareció sin más. ¿Por qué tendría que buscarlo? —grité.

De repente, sentí cómo toda mi rabia salía de golpe. Estaba furiosa. No con Roderick, sino con Hugo. Era absurdo después de tanto tiempo, pero no le perdonaba que se hubiera ido así.

—Eso es lo que se hace con la gente que desaparece. Se la busca —dijo Roderick, intentando calmarme—. ¿Y si algo le impidió despedirse? ¿No has pensado en esa posibilidad? Un enigma no se resuelve metiendo una carta dentro de un libro.

—El caso es que no ha vuelto. Y... necesitaba borrarlo de mi cabeza.

—Entonces, ¿por qué no tiras sus cartas?

—No puedo... Sigo enamorada de él.

Sentí que mis mejillas se encendían y agradecí que mi interlocutor no pudiera percibirlo.

—Pero los recuerdos no se borran de la cabeza así como así, por mucho que los escondas. Los fantasmas siempre vuelven.

Noté un cambio en su expresión. Estaba serio, pero de una forma que no había visto antes en él. Era como si, de repente, la tristeza lo hubiese invadido. Parecía saber perfectamente de qué estaba hablando.

—¿Tú también tienes un fantasma?

—Sí. Hace mucho tiempo que... —tragó saliva— se fue. Pero eso no importa. Estamos hablando de tu fantasma.

—Ya, pero...

No podía soltar aquello y dejarme luego con la intriga.

—No hay peros que valgan. A ver... ese chico, Hugo, ha vuelto a aparecer, ¿no? ¿A qué estás esperando?

—No te entiendo. ¿Qué quieres decir?

—Pues que las cosas siempre pasan por algo... Si has tropezado de nuevo con esa carta es porque debes hacer lo que no hiciste en su momento. Yo de ti lo buscaría... Nunca se sabe. Quizás lo encuentres esta vez.

¿Buscarlo? Pero ¡si no sabría por dónde empezar! Nuestra tutora nos había dicho que su familia se había trasladado lejos de aquí, sin concretar nada más. Por otra parte, él sabía hacer esas cosas: buscar. Yo no.

—¿Y cómo se supone que debo encontrarlo?

—Existe una cosa llamada internet. Dicen que eso ayuda —contestó con sorna—. Y, si no, puedes contratar a un investigador privado... O a un médium, si estás segura de que tu chico se ha convertido en fantasma.

—Muy gracioso, eres muy gracioso. Pero ¿y si no lo quiero encontrar después de tanto tiempo?

—Pues rompe esa carta ahora mismo. Así se mata a los fantasmas.

—¡No pienso hacer eso!

—Entonces ya sabes lo que debes hacer. Además, una chica guapa como tú no puede perder las tardes leyendo a un ciego. Tienes que relacionarte con chicos de tu edad.

—¿A ti quién te ha dicho que soy guapa? —le pregunté para desviarle del tema.

—Que sea ciego no significa que no pueda percibir ciertas cosas, Lucía. Búscalos. Tengo una corazonada.